

LAS PALABRAS QUE FALTABAN

El aprendiz de brujo

El conjuro que nunca debió pronunciarse

Verba numquam proferenda.

Relato sonoro en cinco escenas

Guillermo Isaza Fiscó



Si este universo
te acompaña,
puedes impulsarlo
con un aporte sencillo

Haz clic aquí para apoyar este proyecto >

Tu aporte ayuda a que nuevos cuentos,
relatos y audiocuentos sigan creciendo.

ESCENA I

ARRIBA, PARÍS CORTABA CABEZAS

París, 28 de julio de 1794



El día que llevaron a Robespierre a la plaza de la Revolución, Élise Moreau llenó sus cubos dos veces antes del amanecer. No necesitaba leer ningún cartel para saber que habría gente. Los tambores sonaban de un modo distinto cuando la multitud esperaba una ejecución: dejaban un espacio entre golpe y golpe, el tiempo justo para repetir un nombre. Aquella mañana repetían uno.

—Robespierre.

Después otro golpe.

—Robespierre.

Y otra vez. Como si París hubiera aprendido a pronunciar los nombres al ritmo de aquello que después habría de devorarlos. Élise salió antes de que amaneciera completamente. Vivía con su hermano Lucien en una casa estrecha situada al sur de la ciudad, no demasiado lejos de las entradas conocidas de las antiguas canteras. Oficialmente, aquella zona no pertenecía a las catacumbas. Los funcionarios utilizaban otras palabras: galerías, depósitos, osarios, explotaciones abandonadas, terrenos inestables. Los vecinos tenían una sola.

Abajo. Todo aquello que no querían nombrar estaba abajo. La casa de los Moreau había sido construida mucho antes de que ellos nacieran. Tenía dos pisos tan estrechos que desde la calle parecía que una mano gigantesca hubiera comprimido el edificio entre las viviendas vecinas. En invierno las paredes sudaban. En verano olían a piedra fría. La cocina ocupaba casi toda la planta baja: una mesa, dos bancos, una estufa de hierro, un armario torcido y una pequeña ventana que daba a un patio donde nunca llegaba el sol por completo.

Arriba había dos habitaciones. Élise dormía junto a la ventana. Lucien junto a la pared. Eso no parecía importante hasta algunas noches, cuando desde aquella pared llegaban pequeños golpes. Tres. Pausa. Dos. Después nada. Lucien decía que eran las tuberías. Élise le recordaba que la casa no tenía tuberías. Entonces él decía que eran las ratas. Élise había aprendido a no preguntarle qué clase de rata golpeaba antes de entrar.

La vivienda no les pertenecía. Pertenecía a Séverin Valcourt. Todo, de alguna manera, pertenecía a Valcourt.

El edificio. El cobertizo de atrás. El pequeño jardín donde nada crecía correctamente. Y una puerta baja situada detrás de la despensa que Lucien tenía prohibido abrir cuando su hermana estaba presente. Élise sabía perfectamente adónde conducía. A una escalera. La escalera, hacia abajo. Y abajo, París dejaba de pertenecer a los vivos. Séverin Valcourt había aparecido en sus vidas dos años antes, después de la muerte de su madre. Lucien tenía dieciséis años. Élise, diecinueve. El alquiler llevaba tres meses sin pagarse y el propietario anterior había anunciado que los echaría antes del invierno.

Tres días después apareció Valcourt. No preguntó cuánto debían. Pagó. Compró la casa. Y le ofreció trabajo a Lucien.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó Élise.

Valcourt la miró como si aquella fuera una pregunta mucho más complicada de lo que parecía.

—Trabajo de aprendiz.

—¿Aprendiz de qué?

—De cosas que todavía no conoce.

Lucien aceptó antes de que su hermana pudiera impedirlo. Desde entonces trabajaba para él. Al principio eran tareas sencillas: limpiar frascos, ordenar libros, mantener encendidas determinadas lámparas y copiar páginas de manuscritos en latín aunque no entendiera una palabra. Después comenzaron los encargos nocturnos: sal, azufre, carbón, cera negra, huesos de animales, hierbas secadas lejos de la luz y objetos que Élise prefería no identificar. Y, finalmente, las galerías. Valcourt llevaba a Lucien bajo tierra una o dos veces por semana.

Nunca decía qué buscaban. Lucien regresaba con barro en las botas, polvo blanco en el cabello y, algunas noches, un silencio que podía durar hasta la mañana siguiente. Élise le preguntaba:

—¿Qué haces para él ahí abajo?

Lucien respondía siempre:

—Aprendo.

—¿Qué?

—A escuchar.

A Élise aquella respuesta le gustaba cada vez menos.

Aquella mañana encontró un papel clavado en la pared exterior de una panadería. Había otros iguales por el barrio. Un comunicado. El sello de la administración revolucionaria aparecía en la parte superior. Élise dejó los cubos en el suelo. No leía con rapidez, así que acercó el rostro. El documento advertía a los habitantes de los sectores meridionales de París que, debido a recientes hundimientos, filtraciones y movimientos de terreno, quedaba prohibido ingresar en determinadas galerías subterráneas después del anochecer.

También mencionaba algo más. Élise volvió a leerlo. Se han recibido informes acerca de desplazamientos no autorizados de restos humanos procedentes de los depósitos osarios. Miró alrededor. Nadie parecía prestar atención al papel. Continuó. Todo ciudadano sorprendido retirando huesos, objetos funerarios o materiales pertenecientes a los antiguos cementerios será considerado sospechoso de actividades contrarias al orden público y puesto a disposición de las autoridades. Debajo alguien había escrito con carbón:

LOS MUERTOS TAMBIÉN SON CIUDADANOS.

Élise no encontró la frase graciosa. Arrancó el comunicado. Lo dobló. Se lo guardó debajo del delantal. Lucien debía verlo. No porque creyera que robaba huesos. Precisamente porque sospechaba que podía hacerlo sin saber que aquello era lo que hacía. Volvió a cargar el yugo. Los dos cubos pendieron de sus extremos. La madera se acomodó sobre sus hombros. Comenzó a caminar hacia la plaza. Llevaba además una jarra

de barro colgada del brazo. El agua era su manera de ganarse el día. Los acontecimientos políticos cambiaban.

Los nombres cambiaban. Los gobiernos cambiaban. La sed permanecía. Élise había comprendido aquello mucho antes que quienes escribían discursos. Cuando París celebraba, vendía agua. Cuando París protestaba, vendía agua. Cuando París ejecutaba a alguien, vendía todavía más. Llevaba una escarapela tricolor cosida al forro del vestido. La había prendido allí el día en que creyó que las palabras de los poderosos dejarían de pesar más que las de los demás. Aún quería creerlo. Por eso no se había acostumbrado al camino de las carretas.

En abril había oído pronunciar el nombre de Danton con una seguridad que parecía definitiva. En mayo, el de Lavoisier. Ahora la multitud esperaba a Robespierre. Las razones cambiaban. Las ruedas recorrían la misma plaza.

Cerca de la plaza, un panadero vendía rebanadas delgadas de pan a quienes habían llegado de madrugada. Dos hombres discutían sobre la República.

—Lo llaman incorruptible y ahora lo llevan como a un ladrón.

—Todos son incorruptibles hasta que dejan de mandar.

Un guardia pasó junto a ellos. Los dos callaron al mismo tiempo. Élise les sirvió agua sin preguntarles qué habían dicho. Uno pagó. El otro no. Élise lo miró. El hombre encontró inmediatamente una moneda. Una mujer se acercó con una niña.

—¿Cuánto es?

Élise llenó el vaso. La mujer buscó monedas dentro de la faltriquera y encontró una sola.

—Con eso basta.

La niña sujetaba una muñeca de trapo por una pierna. Bebió despacio. Desde donde estaban alcanzaba a ver el cadalso por encima de algunos sombreros, pero miraba únicamente el agua dentro del vaso. A Élise le alivió que hubiera encontrado algo más cercano que observar. Los

tambores volvieron a sonar. La multitud se movió. Alguien gritó que los prisioneros se acercaban. Élise no intentó ver. Había aprendido que los acontecimientos importantes rara vez mejoraban al acercarse demasiado. Vendió agua. Escuchó. Eso bastaba.

Una mujer rezaba. Otra se reía. Un niño estaba sentado sobre los hombros de su padre. Un vendedor ofrecía pequeños retratos impresos de los condenados. Una anciana preguntaba una y otra vez cuál de ellos era Robespierre. Nadie parecía saberlo con seguridad. Después alguien lo señaló. El primer carro entró en la plaza. Élise reconoció el nombre antes de distinguir al hombre.

—¡Robespierre!

La multitud respondió. No con una sola voz. Con cientos. El sonido que produjo no era alegría. No exactamente. Tampoco odio. Era algo más antiguo. El ruido de muchas personas descubriendo al mismo tiempo que un hombre poderoso ya no podía hacerles nada. Élise miró. Solo un instante. Vio el carro. Los rostros. La ropa deteriorada. Un hombre con la mandíbula vendada. Después apartó la vista. No quería conservar aquella imagen. Una mano apareció frente a ella.

—Agua.

Élise llenó un vaso. Cuando levantó la cabeza para entregarlo, ya no había nadie. Los tambores redoblaron. Después cesó uno. Luego otro. Hasta que se detuvieron todos. En aquel silencio, Élise oyó una gota caer desde el borde de su jarra hasta la madera del cubo. Era un sonido minúsculo. Y, sin embargo, llegó entero a sus oídos. La niña seguía allí. Su madre le había puesto ambas manos sobre los hombros. Entonces el ruido de la plaza regresó. La niña levantó los ojos.

—¿Qué pasa después?

Élise sostuvo el cubo para que no se inclinara. Podía hablarle de gobiernos. De revoluciones. De justicia. De aquellos hombres que prometían comenzar de nuevo después de cada cabeza cortada. No sabía suficiente sobre ninguna de esas cosas. Eligió lo único que conocía.

—Volvemos a casa.

La multitud comenzó a dispersarse. Algunos discutían con una alegría casi furiosa. Otros atravesaban la plaza en silencio. La niña se alejó de la mano de su madre y, a mitad de la calle, se volvió. Élise levantó la jarra vacía a modo de despedida. Una lluvia breve cayó sobre París. El agua deshizo la tinta de un papel abandonado junto a sus pies. Había un nombre escrito. Élise no consiguió leerlo antes de que desapareciera. Recogió el yugo. Se encaminó hacia su casa. Entonces las nubes se abrieron. Un rayo de sol cayó sobre el agua que permanecía al fondo de uno de los cubos.

Élise vio un arcoíris. Pequeño. Perfecto. E invertido. Levantó la cabeza. Buscó los colores en el cielo. No había ninguno. Volvió a mirar el cubo. Allí seguían. Rojo. Naranja. Amarillo. Verde. Azul. Añil. Violeta. Un diminuto arco encerrado dentro del agua. Élise inclinó el recipiente. Los colores se desplazaron. Luego volvieron a reunirse. Acercó una mano. Antes de tocar la superficie oyó dos golpes secos en la madera. Uno. Después otro. Miró alrededor. La plaza estaba casi vacía. El yugo permanecía inmóvil sobre sus hombros.

El agua acababa de aquietarse. Élise esperó. No volvió a ocurrir. Siguió caminando. Al cabo de unos metros miró otra vez el cubo. El arcoíris había desaparecido.

Lucien regresó aquella tarde antes que ella. Élise lo encontró en la cocina lavándose las manos. El agua dentro del recipiente era gris. No solo por el barro. Había un polvo más claro depositándose en el fondo. Blanco. Élise dejó los cubos.

—¿Dónde estuviste?

—Con Valcourt.

—Eso ya lo sé.

—Entonces ¿por qué preguntas?

Élise cerró la puerta. Sacó el comunicado. Lo dejó sobre la mesa. Lucien lo leyó. Su rostro cambió antes de terminar. Élise lo vio.

—¿Qué haces ahí abajo?

—Nada.

—No me mientas.

—No miento.

—Entonces mírame.

Lucien levantó los ojos. Tenía dieciocho años, pero algunas noches regresaba pareciendo mucho mayor.

—No robamos huesos.

Élise sintió que algo se cerraba dentro de ella.

—Yo no dije huesos.

Lucien comprendió. Demasiado tarde.

—Lucien.

—No los robamos.

—¿Entonces?

Él miró hacia la puerta de la despensa.

—Los trasladamos.

Élise permaneció inmóvil.

—¿A dónde?

—No puedo decirlo.

—¿Por qué?

—Porque prometí.

—¿A Valcourt?

Lucien no respondió. Élise tomó el comunicado.

—Dice que arrestarán a cualquiera que...

—No entienden.

—¿Quiénes?

Lucien señaló el papel.

—Ellos. Los funcionarios.

—¿Y tú sí?

—Un poco.

Élise soltó una risa breve.

—Claro. Tienes dieciocho años y ahora entiendes a los muertos.

Lucien golpeó la mesa.

—¡No se trata de muertos!

El silencio cayó. Élise lo miró.

—¿Entonces de qué?

Lucien respiraba deprisa. Se arrepentía de haber hablado.

—Dilo.

—De lo que queda.

Élise frunció el ceño.

—¿Qué queda?

Lucien se sentó.

—Valcourt dice que el cuerpo no muere todo de una vez.

—Eso es absurdo.

—No habla del cuerpo.

—¿Entonces?

Lucien bajó la voz.

—De la memoria.

Élise sintió frío.

—Los huesos recuerdan.

—Los huesos no recuerdan nada.

—Eso dice él.

—Valcourt dice muchas cosas.

Lucien levantó la mirada.

—También dijo que Robespierre moriría antes de agosto.

Élise calló.

—Eso lo sabía medio París.

—Lo dijo hace seis meses.

El silencio cambió. Élise se acercó a la mesa.

—¿Qué más ha dicho?

Lucien miró hacia la pared.

—Que París se está llenando demasiado de muertos.

—Eso también lo sabe cualquiera.

—No.

Élise esperó. Lucien bajó todavía más la voz.

—Dice que no importa cuántos mueran.

Importa dónde los ponen.

La puerta de la despensa se abrió. Ninguno la había tocado. Élise se volvió. Oscuridad. Después apareció Séverin Valcourt. No era viejo. Eso sorprendía siempre a quienes habían oído hablar de él. Tendría poco más de cincuenta años. Alto. Muy delgado. Cabello oscuro atravesado por algunas hebras blancas. Vestía con una sobriedad casi clerical, aunque nunca había pertenecido a la Iglesia. Llevaba guantes negros incluso dentro de casa. Sus ojos eran claros. Demasiado claros.

—Élise.

Ella retrocedió.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—El suficiente.

Lucien se levantó.

—Maestro.

Valcourt levantó una mano. No necesitaba reverencias. Aquello resultaba más inquietante que exigir las. Miró el comunicado.

—Así que ya empezaron.

Élise señaló el papel.

—¿Es por usted?

Valcourt sonrió.

—Casi nada de lo que ocurre en París es por una sola persona.

—¿Está sacando huesos de las catacumbas?

—No.

—Lucien dice...

—Lucien todavía utiliza palabras incorrectas.

El muchacho bajó la mirada. Élise se acercó.

—Entonces utilice las correctas.

Valcourt la observó. Algo parecido a una aprobación cruzó por su rostro.

—Los estamos ordenando.

—¿Ordenando?

—Sí.

—¿Por qué?

Valcourt se quitó lentamente uno de los guantes. En la palma tenía una pequeña herida circular. Demasiado perfecta para ser accidental. Élise la miró.

—¿Qué es eso?

Valcourt cerró la mano.

—Una advertencia.

—¿De quién?

—Todavía no lo sé.

La respuesta le produjo más miedo que cualquier seguridad fingida. Valcourt miró hacia el suelo.

—Intentamos impedir algo.

—¿Qué?

—Que los muertos encuentren la salida.

Élise sintió que aquello era una frase preparada para asustarla. Se negó a permitirlo.

—Los muertos no caminan.

—No he dicho que caminen.

—Entonces hable claro.

Valcourt sonrió.

—Eres mucho más peligrosa que tu hermano.

—Maestro... —protestó Lucien.

—Es un elogio.

Valcourt tomó el comunicado. Lo acercó a la llama de una vela. El papel comenzó a arder. Élise intentó quitárselo. Él lo dejó caer dentro de la estufa.

—¿Por qué hizo eso?

—Porque si los guardias encuentran ese papel aquí preguntarán por qué nos interesa tanto.

—Lo ha leído todo el barrio.

—El barrio no vive sobre una puerta.

Élise miró hacia la despensa. Después hacia el suelo.

—¿Una puerta hacia qué?

Valcourt volvió a ponerse el guante.

—Todavía no lo sabemos.

Élise lo miró largamente.

—Entonces ¿cómo sabe que debe permanecer cerrada?

Por primera vez Valcourt no respondió inmediatamente. Miró a Lucien. Después otra vez a Élise.

—Porque algo está intentando abrirla desde el otro lado.

Aquella noche Lucien no cenó. Valcourt lo llamó antes de que oscureciera. El muchacho preparó su bolsa. Élise observó. Una cuerda. Tres velas negras. Un frasco de sal. Tiza. Un pequeño martillo. Una botella de agua. El cuaderno donde copiaba latín. Y una pequeña pieza de cristal tallado que Élise no había visto antes. La tomó. Lucien se la quitó inmediatamente.

—No.

—¿Qué es?

—Un prisma.

—¿Para qué?

Lucien guardó el cristal.

—Para saber dónde estamos.

—Tienes ojos.

—No ahí abajo.

Élise recordó el arcoíris dentro del cubo.

—¿Qué hace?

Lucien cerró la bolsa.

—Separa la luz.

—Eso lo sé.

—Valcourt dice que también puede separar otras cosas.

—¿Qué cosas?

Lucien no respondió. Élise señaló el martillo.

—¿Y eso?

—Piedra.

—¿Qué piedra?

—Vuelvo antes de medianoche.

—Eso no responde.

Lucien la miró.

—No puedo contártelo todo.

—Vives bajo mi techo.

Lucien sonrió.

—Técnicamente es el techo de Valcourt.

Élise no encontró gracia.

—¿Qué haces para él?

Esta vez Lucien contestó.

—Marco caminos.

—¿En las catacumbas?

—Sí.

—¿Para no perderos?

Lucien tardó demasiado.

—Para que otras cosas no los encuentren.

Élise sintió un escalofrío.

—Lucien.

Él tomó la lámpara.

—No abras la puerta de la despensa esta noche.

—¿Por qué?

—Porque estaremos debajo.

—Eso no explica nada.

Lucien la besó en la frente.

—Precisamente.

Salió. Valcourt aguardaba en la calle. Élise los observó alejarse. El brujo caminaba delante. Lucien detrás. Durante un instante, bajo una lámpara, Valcourt se volvió hacia la casa. No miró a Élise. Miró la ventana. Después el suelo. Como si estuviera calculando la distancia entre ambos. Siguieron andando. Desaparecieron.

París celebraba la muerte de Robespierre. Desde lejos llegaban canciones. Gritos. Botellas rompiéndose. Algunas campanas. La ciudad parecía convencida de que había terminado algo. Élise pensó que las ciudades confundían con demasiada frecuencia una ejecución con un final. Preparó sopa. No comió. Se sentó junto al fuego. Esperó. A las diez y cuarto oyó pasos en la calle. No eran ellos. A las diez y cuarenta, una carcajada. Después silencio. A las once oyó el primer golpe detrás de la pared. Tres. Pausa. Dos. Élise levantó la cabeza.

Esperó. Nada. Recordó lo que Lucien decía. Ratas. Volvió a mirar el fuego. Tres. Pausa. Dos. Esta vez los golpes llegaron desde el suelo. Élise se puso de pie. Tomó una vela. Algo raspó lentamente la piedra. No debajo de la pared. Debajo de la casa. Caminó hasta la despensa. La puerta estaba cerrada. Lucien había dicho que no la abriera. Puso la mano sobre el picaporte. Estaba frío. Demasiado. Detrás de la madera oyó un sonido. Agua. Una corriente profunda. Pero no había río debajo de la casa. Después apareció otra cosa.

Un murmullo. Muchas voces pronunciando palabras demasiado bajas para distinguirlas. Élise acercó el oído. El murmullo se detuvo. Silencio. Retiró la cabeza. Entonces alguien golpeó desde el otro lado. Una vez. Élise quedó inmóvil. Segundo golpe. Después un tercero. Tres. Esperó. Pausa. Dos. La vela tembló. Élise miró la llama. En el borde apareció una franja roja. Después naranja. Amarillo. Verde. Azul. Añil. Violeta. Los mismos colores del cubo. Pero esta vez estaban dentro del fuego. Élise soltó el picaporte. La llama volvió a ser amarilla.

—Lucien...

Nada. Iba a alejarse cuando oyó una voz. No fuerte. No humana del todo. Pero claramente una voz. Venía de abajo. Pronunció su nombre.

—Élise.

Ella dejó de respirar. La voz volvió. Más cerca.

—Élise.

La muchacha retrocedió. La vela casi cayó. Y entonces, profundamente enterrada bajo París, ocurrió algo. Primero sonó un hueso. Un pequeño golpe seco. Después otro. Después cien. Miles. Tibias. Fémures. Cráneos. Costillas. Vértebras acumuladas durante años en corredores sin luz comenzaron a responder unas a otras. No se movían todavía. Sonaban. Cada galería producía una nota distinta. Graves. Agudas. Huecas. Breves. Algunas tan profundas que Élise no las oyó con los oídos sino dentro del pecho. La ciudad continuaba cantando allá arriba.

Nadie parecía escucharlo. Élise sí. Y desde algún lugar profundamente enterrado bajo París, una multitud de huesos comenzó a sonar como si

una mano invisible acabara de pasar los dedos por las teclas de un instrumento gigantesco. Entonces Élise comprendió algo. La voz no la estaba llamando desde detrás de la puerta. La estaba llamando desde mucho más abajo. Y sabía exactamente dónde vivía.

ESCENA II

EL HOMBRE QUE ESCRIBIÓ LA ESCOBA

Weimar, verano de 1797



Auch
das
Alltägliche
hat
einen
Geist.

NATURA
ARTES
VERITAS

WISSENSCHAFT
MENSCH

Alles
ist
Verwandlung.
Goethe

Omnia
vivunt.

Tres años después, en Weimar, Johann Wolfgang von Goethe oyó los mismos golpes. Tres. Pausa. Dos. Levantó la cabeza. Estaba solo en su gabinete. La tarde había dejado una ventana abierta y una corriente de aire movía lentamente los papeles sobre la mesa. Afuera, el jardín conservaba todavía el calor del día. Las hojas de los árboles apenas se movían y, desde algún lugar más allá de los tejados, llegaba el sonido apagado de un carruaje. Goethe esperó. Nada. Volvió a inclinarse sobre la hoja. Tres golpes. Pausa. Dos.

Esta vez no había duda. El sonido provenía de la mesa. No de una puerta. No de la pared. De la madera, exactamente debajo de su mano izquierda. Retiró la mano. Los golpes cesaron. Goethe permaneció inmóvil. Sobre el escritorio había cartas, algunas pruebas de imprenta, una pequeña pila de libros, varias plumas y un cuenco de agua que utilizaba para limpiarlas. Nada más. Acercó nuevamente la mano a la mesa. No ocurrió nada.

—Perfecto —murmuró—. Ahora también los muebles quieren conversar.

Volvió al manuscrito. En los salones de Weimar se hablaba de Francia con fervor o con miedo, según quién hubiese conseguido primero la palabra. La Revolución había prometido cambiar la vida de los hombres. Después habían llegado los nombres: Luis, María Antonieta, Danton, Lavoisier, Robespierre. Cada nombre aparecía acompañado por una explicación distinta. Para algunos eran culpables. Para otros, mártires. Para otros simplemente muertos. Goethe había escuchado suficientes discusiones para comprender que un cadáver podía continuar participando en política durante mucho más tiempo que un hombre vivo.

También había aprendido que la historia poseía una costumbre desagradable: primero cortaba una cabeza. Después discutía durante siglos qué había pensado aquella cabeza. Tomó la pluma. La introdujo en el cuenco. El agua cambió. Goethe no retiró inmediatamente la mano. Al principio creyó que era un efecto de la luz. Un pequeño arcoíris había aparecido en el fondo. Rojo. Naranja. Amarillo. Verde. Azul. Añil. Violeta.

Pero estaba invertido. Goethe levantó la mirada hacia la ventana. No había lluvia. Tampoco luz directa sobre el recipiente.

Volvió al agua. Los colores continuaban allí. Movié ligeramente el cuenco. El arcoíris no cambió de posición.

—Curioso.

Acercó el rostro. Entonces dejó de ver el fondo. Apareció una plaza. Goethe retiró la cabeza. La imagen desapareció. Volvió a acercarse. Regresó. Una plaza que no conocía. Una multitud. Sombreros. Carros. Soldados. Tambores. Un cadalso. Goethe reconoció París sin haber estado allí aquel día. El agua no mostraba una pintura. Se movía. La gente caminaba. Gritaba. Respiraba. Una mujer joven cruzó entre la multitud llevando dos cubos suspendidos de un yugo. Goethe acercó más el rostro. Vio una escarapela tricolor cosida discretamente al vestido.

Una niña sostenía una muñeca de trapo. La mujer le ofreció agua. Goethe no podía escuchar todo. Los sonidos llegaban deformados por la superficie. Tambores. Voces. Una campana. Después la niña preguntó algo. Aquella frase sí atravesó el agua.

—¿Qué pasa después?

Goethe dejó de respirar. La mujer respondió:

—Volvemos a casa.

La imagen desapareció. El agua volvió a ser agua. Goethe permaneció inclinado sobre el cuenco.

—¿Quién eres?

Nadie respondió. Tomó la pluma. Escribió una frase. La tachó. Escribió otra. Durante varios minutos trabajó sin volver a mirar el recipiente. Tenía una idea. Un aprendiz. Un maestro ausente. Trabajo. Agua. Una escoba. Sonrió. La imagen era casi cómica. El muchacho, cansado de cargar agua, utilizaría las palabras de su maestro para obligar a una escoba a hacer el trabajo. Una escoba obediente. Dos piernas de madera. Un cubo. Viaje tras viaje. Agua. Más agua. Hasta que la orden sencilla

comenzara a crecer más allá de la inteligencia de quien la había pronunciado.

Goethe escribió. La escena avanzó con rapidez. Podía verla. El aprendiz observando orgulloso. La escoba caminando. El cubo llenándose. El agua entrando. Una vez. Otra. Otra. Después demasiadas. Goethe sonrió. Eso funcionaba. Entonces la pluma se detuvo. Había algo escrito en el margen. Goethe acercó la hoja. No recordaba haberlo escrito. La letra parecía suya. Pero más estrecha. Más inclinada. Cuatro palabras. Después otras. Leyó en voz baja:

Surge, scopa.

Esperó. Nada. Continuó:

Aquam fer.

Una gota se desprendió del borde del cuenco. No cayó. Subió. Goethe dejó la pluma. La gota permaneció suspendida en el aire. Miró la hoja. Había una tercera línea.

Omnia vacua imple.

Goethe no la pronunció. La leyó en silencio. Llena todos los espacios vacíos. El gabinete pareció enfriarse. Goethe volvió lentamente la cabeza. En una esquina había una escoba. Una escoba común. Madera. Paja. Nada más. La había dejado allí una criada aquella mañana. La escoba se movió. Apenas. Quizá la corriente de aire. Goethe miró la ventana. La cortina estaba inmóvil. La escoba volvió a moverse. Esta vez el mango se separó claramente de la pared. Goethe se puso de pie.

—No.

La escoba quedó quieta. La gota suspendida sobre el cuenco descendió. Tocó la superficie. El arcoíris apareció otra vez. Invertido. Goethe miró la hoja. Las palabras seguían allí.

Surge, scopa.

Aquam fer.

Omnia vacua imple.

Tres órdenes. Levántate. Trae agua. Llena todo lo vacío. Goethe sintió una inquietud extraña. No por la escoba. Por la última frase. Todo lo vacío. Un cubo podía estar vacío. Una habitación. Una casa. Una tumba. También el espacio entre dos huesos. La ausencia que deja un hombre después de morir. El silencio que permanece después de pronunciar su nombre. Goethe volvió al cuenco. La superficie se oscureció. Esta vez no apareció la plaza. Apareció un corredor. Piedra. Muros cubiertos de huesos. Miles. Cráneos ordenados unos sobre otros.

Fémures. Tibias. Costillas. Una lámpara avanzaba por el corredor. Goethe acercó el rostro. Dos hombres caminaban bajo tierra. Uno joven. Llevaba una bolsa. El otro, más alto, vestía de oscuro. Guantes negros. Se detuvieron frente a una pared de huesos. El hombre joven sacó un pequeño prisma. La luz atravesó el cristal. Un arcoíris apareció sobre los cráneos. Invertido. Goethe sintió frío. El hombre de los guantes levantó la cabeza. Miró directamente hacia él. Goethe retrocedió. Imposible. Volvió a acercarse. El desconocido seguía mirando.

No hacia el joven. No hacia la galería. Hacia Goethe. A través del agua. Después hizo algo todavía más desconcertante. Sonrió. Y lo saludó. Una pequeña inclinación de cabeza. Como si llevara mucho tiempo esperándolo. Goethe no respondió. El hombre movió los labios. El sonido tardó unos segundos en atravesar la superficie.

—Herr Goethe.

Goethe apartó el cuenco. El agua se derramó sobre la mesa. Se puso de pie.

—¿Quién es usted?

El agua extendida entre los papeles comenzó a moverse. No hacia el borde. Hacia el centro. Se reunió nuevamente formando un círculo perfecto. El rostro del hombre apareció dentro.

—Séverin Valcourt.

—No lo conozco.

—Todavía.

Goethe miró la puerta. Cerrada. Después la ventana. Abierta. Todo lo demás continuaba exactamente igual.

—¿Dónde está?

Valcourt miró alrededor. Huesos. Piedra. Oscuridad.

—Debajo de París.

Goethe permaneció inmóvil.

—Eso es imposible.

Valcourt sonrió.

—Una palabra peligrosa para un poeta.

Goethe miró la hoja.

—¿Ha escrito usted esto?

Levantó el papel. Valcourt pudo verlo. Su sonrisa desapareció.

—No.

—Entonces ¿quién?

Valcourt acercó el rostro a la superficie desde el otro lado.

—No la pronuncie.

Goethe bajó la hoja.

—¿Por qué?

—Porque está incompleta.

Goethe miró las tres frases.

—¿Qué falta?

—El regreso.

—¿Regreso de qué?

Valcourt no respondió. Detrás de él apareció el joven.

—Maestro.

Valcourt volvió la cabeza. El muchacho señaló algo fuera de la visión. Goethe vio miedo en su rostro.

—¿Quién es él?

—Lucien Moreau.

Goethe recordó a la mujer de la plaza. No sabía por qué.

—¿Moreau?

Valcourt volvió a mirarlo.

—Su hermana vende agua.

Goethe sintió un escalofrío.

—Élise.

No sabía cómo conocía el nombre. Valcourt sí pareció saberlo.

—Entonces ya la vio.

La imagen comenzó a temblar.

—Espere.

Valcourt habló deprisa.

—Si aparecen otras palabras, no las lea en voz alta.

—¿Qué palabras?

—Las que detienen la orden.

—¿Por qué no habría de pronunciarlas?

Valcourt lo miró.

—Porque para detener algo primero debe haber comenzado.

La imagen desapareció. El agua cayó sobre la mesa. Esta vez obedeció a la gravedad. Goethe permaneció inmóvil.

Pasaron varios minutos. Quizá más. Finalmente se sentó. Miró la escoba. Seguía en la esquina. Inofensiva. Goethe tomó otra hoja. Comenzó nuevamente. Escribió sobre el aprendiz. Sobre la escoba. Sobre la orden. Sobre el agua. Ahora conocía mejor el peligro. El muchacho descubriría demasiado tarde que repetir una fórmula no significaba comprenderla. Eso le gustó. Era una idea antigua. Más antigua que cualquier revolución. Los hombres aprendían primero a usar el poder. Después preguntaban cómo detenerlo. Goethe escribió con rapidez.

En la historia, el agua comenzaba a inundarlo todo. El aprendiz perdía el control. Intentaba recordar. No podía. Golpeaba la escoba. La dividía.

Y entonces la obediencia se multiplicaba. Dos escobas. Dos cubos. Más agua. Goethe dejó la pluma. Había algo perturbadoramente exacto en aquello. El poder mal entendido rara vez desaparecía cuando se lo golpeaba. A veces se multiplicaba. Miró el cuenco. Vacío. Volvió al manuscrito. Entonces aparecieron nuevas palabras. No en el margen. En medio de una hoja que un momento antes estaba en blanco.

Goethe se inclinó.

Sistite, scopae.

Esperó. Otra línea apareció.

Aqua quiescat.

Después:

Ad lignum redite.

Goethe tradujo mentalmente. Deteneos, escobas. Que el agua se aquiete. Regresad a la madera. La fórmula inversa. El regreso. Goethe llevó involuntariamente los labios hacia la primera palabra. Recordó a Valcourt. No las lea en voz alta. Se detuvo. Miró la escoba. Después las palabras. Finalmente hizo algo que no habría sabido explicar. Las copió en una hoja aparte. La dobló. La guardó dentro de un libro. No las incluyó en el poema. No de aquella forma. En la balada haría regresar al maestro. El maestro sabría detener aquello que el aprendiz había desencadenado.

Eso bastaba. El lector no necesitaba la fórmula. Una orden escrita podía ser copiada. Una fórmula copiada podía ser pronunciada. Y una palabra pronunciada en el lugar equivocado podía viajar mucho más lejos que una advertencia.

Goethe regresó al poema. Trabajó hasta que el cielo comenzó a oscurecer. En el papel, el aprendiz perdió el control. La escoba continuó transportando agua. El muchacho la atacó. La partió. La multiplicó. El desastre creció. Finalmente llegó el maestro. Orden. Silencio. La madera volvió a ser madera. El agua se detuvo. Goethe dejó la pluma. La historia estaba casi terminada. Miró la escoba real.

—Así debe ser.

La escoba no respondió. Eso le pareció reconfortante. Entonces sonaron otra vez los golpes. Tres. Pausa. Dos. Goethe levantó la cabeza. El cuenco estaba vacío. Se acercó. En el fondo apareció una luz. Después agua. Después el arcoíris invertido. Goethe no retrocedió. Esta vez vio París de noche. Primero tejados. Después calles. Después la tierra pareció abrirse. La visión descendió. Piedra. Galerías. Huesos. Miles. Lucien caminaba con una lámpara. Detrás iba Valcourt. El muchacho trazaba símbolos de tiza sobre los muros. Cada cierto número de pasos golpeaba la piedra con un pequeño martillo.

Tres veces. Pausa. Dos. Goethe comprendió. Los golpes. No eran una llamada. Eran marcas. Una manera de mantener un camino. Lucien golpeó nuevamente. Tres. Pausa. Dos. Y algo respondió. Desde mucho más abajo. Dos golpes. Goethe acercó el rostro. Valcourt también los oyó. Se detuvo.

—Lucien.

El muchacho giró.

—¿Maestro?

—No fuimos nosotros.

La lámpara tembló. En una pared formada por cientos de cráneos apareció una gota de agua. Subió. No cayó. Ascendió por la piedra. Después otra. Y otra. Valcourt levantó lentamente la mirada. A través del cuenco encontró los ojos de Goethe. Esta vez no sonrió. Pronunció una única palabra.

—Empieza.

La imagen cambió. Durante una fracción de segundo Goethe vio otra cosa. Una plaza. No la plaza llena de gente. La misma plaza después. Vacía. Mojada. Había cuerpos. No cuerpos completos. Cabezas. Decenas. Quizá cientos. Algunas parecían antiguas. Otras recientes. Y caminando entre ellas había una mujer cargando dos cubos. Élise. Goethe quiso llamarla. La imagen cambió antes. Vio un hombre vestido de manera

extraña. No pertenecía a París. Tampoco a Weimar. Tenía el cabello oscuro y una expresión fatigada. El hombre miró directamente hacia el cuenco.

Goethe no lo conocía. Aún. Después apareció una escoba. La escoba dio un paso. Luego otro. Llevaba un cubo. El agua comenzó a caer. No hacia abajo. Hacia arriba. Goethe retrocedió. La visión desapareció. Permaneció mucho tiempo sin moverse. Finalmente tomó la hoja donde había copiado las fórmulas. La sacó del libro. La observó.

Invocación:

*Surge, scopae.
Aquam fer.
Omnia vacua imple.*

Detención:

*Sistite, scopae.
Aqua quiescat.
Ad lignum redite.*

Dos conjuntos de palabras. Abrir. Cerrar. Llamar. Devolver. Goethe acercó la hoja a la llama de una vela. Podía quemarla. Lo pensó. No lo hizo. Algo se lo impidió. Curiosidad. Vanidad. Responsabilidad. Quizá las tres. La dobló nuevamente. Pero esta vez no la guardó dentro del libro. La introdujo entre las últimas páginas del manuscrito. Después cerró el cuaderno. Solo que no por completo. Dejó la última hoja ligeramente fuera. Como si quisiera recordar dónde estaba. O como si quisiera que alguien pudiera encontrarla.

Aquella noche soñó con París. No con la Revolución. Con agua. Las calles estaban inundadas. El Sena había desaparecido porque toda la ciudad se había convertido en río. Escobas caminaban por los tejados. Los muertos salían de las catacumbas no caminando, sino arrastrados por una corriente negra. Reyes. Poetas. Músicos. Filósofos. Ladrones. Niños. Revolucionarios. Todos mezclados. Las diferencias que habían parecido

tan importantes arriba desaparecían bajo el agua. Sobre la ciudad había un arcoíris. Pero estaba invertido.

Sus extremos no descendían hacia la tierra. Nacían de ella. En lo alto de una torre, Séverin Valcourt levantaba ambas manos intentando pronunciar algo. Goethe no podía oírlo. Más abajo, Élise sujetaba a Lucien. Y en una ventana, una escoba golpeaba la madera. Tres veces. Pausa. Dos. Goethe despertó. El gabinete estaba oscuro. La ventana seguía abierta. La escoba continuaba apoyada contra la pared. Se levantó. Fue hasta ella. La tocó. Madera. Nada más. Después miró el cuenco. El agua estaba inmóvil. En el fondo había una sola cosa.

Una pequeña astilla. Goethe la sacó. La sostuvo delante de la vela. No pertenecía a la escoba. Era una madera mucho más oscura. Húmeda. Y olía a piedra enterrada. Goethe la envolvió en papel. En la parte exterior escribió: París. Después dudó. Añadió: No abrir hasta comprender. Guardó el paquete. Apagó la vela. Cuando salió del gabinete, no vio que una gota comenzaba a ascender lentamente por las cerdas de la escoba. Llegó hasta la mitad del mango. Se detuvo. Y permaneció allí toda la noche.

ESCENA III

LA BATUTA Y EL CONJURO

París, 18 de mayo de 1897



Cien años después de que Goethe dejara una hoja mal cerrada sobre su escritorio en Weimar, Paul Dukas levantó una batuta en París. La ciudad había cambiado de siglo sin haber llegado todavía al siguiente. Los ómnibus avanzaban entre carruajes. Las lámparas eléctricas comenzaban a disputar las calles al gas. En los cafés se discutía sobre la República, sobre Rusia, sobre Alemania, sobre Wagner, sobre aquello que debía o no debía permitirse a la música francesa. Los periódicos podían dedicar una columna a una crisis política y la siguiente a decidir si cierto compositor era un genio o una amenaza.

París poseía esa habilidad: convertir casi cualquier diferencia en una cuestión de principios. Aquella tarde había llovido. El agua permanecía en las ruedas de los coches, en los bordes de las aceras y en las hojas de los árboles. Los asistentes llegaban al concierto sacudiendo paraguas y abrigos antes de entrar. Dentro, el aire olía a tela húmeda, madera, perfume y electricidad. La Société Nationale de Musique presentaba aquella noche una obra nueva. En el programa aparecía un título:

PAUL DUKAS

L'APPRENTI SORCIER

Scherzo symphonique d'après une ballade de Goethe

Dukas había leído aquellas palabras tantas veces durante los últimos meses que ya casi no parecían un título. Eran una maquinaria. Cada sílaba llevaba hacia otra cosa. Goethe. El aprendiz. La escoba. El agua. La fórmula olvidada. Y detrás de todo aquello, más atrás todavía, un hombre que había muerto aproximadamente mil setecientos años antes de que la primera nota de su partitura fuese escrita. Luciano de Samósata.

Dukas había encontrado la referencia en una edición anotada de Goethe. No al principio. Durante la composición. Una nota al pie. Pequeña. Casi insolente en su brevedad. El motivo de *Der Zauberlehrling* —decía— tenía un antecedente antiguo en un diálogo de Luciano conocido como *Philopseudes*, *El amante de las mentiras*. Dukas había buscado el relato.

Lo leyó una noche. Y comprendió inmediatamente. No había allí exactamente un aprendiz de brujo como Goethe lo había convertido después. Había un narrador contando una historia.

Un hombre llamado Eucrates. Un hechicero egipcio: Pancrates. Y un secreto. Pancrates tomaba un objeto común. Una escoba. Una barra de madera. Un mortero. Lo cubría con ropa. Pronunciaba unas pocas sílabas. Y la madera obedecía. Caminaba. Transportaba agua. Preparaba comida. Trabajaba como un criado. Después, mediante otra fórmula, el mago devolvía el objeto a su estado original. Eucrates consiguió escuchar el hechizo que daba vida. No consiguió aprender correctamente aquel que la quitaba. La diferencia entre ambas cosas era todo el cuento.

Dukas había cerrado el libro. Durante varios minutos permaneció mirando una frase que había subrayado. No era necesario saber crear algo para convertirse en su dueño. Era necesario saber detenerlo. Aquella idea había entrado después en la música. No literalmente. No como filosofía declarada. Como tensión. Algo comenzaba. Algo crecía. Algo obedecía demasiado bien. Y aquello que obedecía terminaba convirtiendo la orden en catástrofe. Goethe había tomado aquella antigua historia y le había dado otra respiración. En 1797 escribió:

Der Zauberlehrling. El aprendiz de brujo. El aprendiz de hechicero. Dukas prefería el segundo sentido algunas noches y el primero otras. Brujo parecía más oscuro. Hechicero, más preciso. En francés había elegido el título inevitable: *L'Apprenti sorcier*. Pero mientras escribía la partitura había comenzado a sospechar que el verdadero protagonista no era el aprendiz. Tampoco la escoba. Era la orden. Una orden que sobrevive a la inteligencia de quien la pronuncia.

Ahora aquella orden estaba frente a él convertida en orquesta. Dukas aguardaba junto al podio. Los músicos terminaban de acomodarse. Los violines comprobaban discretamente la afinación. Un fagot repetía una nota. Un trompista vaciaba el agua de la llave del instrumento. Las cuerdas murmuraban unas con otras. Los atriles formaban filas. La madera esperaba. Los metales parecían mantener cerrada una puerta

que todavía nadie había intentado abrir. Dukas miró la orquesta. Había pasado meses convirtiendo en sonido algo que durante siglos solo había existido en palabras.

El paso de la escoba. La fórmula. La arrogancia del aprendiz. El agua. La multiplicación. El regreso del maestro. En la partitura no había una sola escoba. Sin embargo, debía escucharse. No había agua. Debía subir. No había hechizo. Debía sentirse antes incluso de comprenderse. Aquello era precisamente lo que una orquesta podía hacer. Volver audible una cosa que no estaba allí. Dukas tomó la batuta. Entonces vio la escoba. Estaba apoyada junto a una puerta lateral. Al lado había un cubo. Dukas sonrió.

—Muy gracioso.

Un músico cercano levantó la vista.

—¿Maestro?

Dukas señaló con los ojos. El hombre vio la escoba. Sonrió también.

—Algún encargado tiene sentido del teatro.

—O demasiada confianza en la crítica.

Dukas subió al podio. Abrió la partitura. La sonrisa desapareció. Había tinta sobre la primera página. No una anotación suya. Tampoco del copista. Tres líneas. La tinta parecía fresca. Dukas acercó el rostro.

Surge, scopa.

Aquam fer.

Omnia vacua imple.

Permaneció inmóvil. Conocía latín suficiente. Levántate, escoba. Trae agua. Llena todo lo vacío. Sintió frío. Aquellas palabras no pertenecían al poema de Goethe. Lo sabía. Había analizado y trabajado semanas con el texto. Tampoco pertenecían a Luciano. En el relato antiguo se hablaba de unas sílabas mágicas, pero no se revelaba una fórmula como aquella. Dukas pasó un dedo sobre la tinta. Húmeda. Retiró la mano. En el papel quedó una pequeña mancha.

—¿Problema?

El concertino lo observaba.

—No.

Dukas cerró la partitura. Volvió a abrirla. Las palabras seguían allí. Entonces sonaron los golpes. Tres. Pausa. Dos. Dukas levantó la mirada. Nadie parecía haberlos oído. Esperó. Tres. Pausa. Dos. Esta vez un violonchelista miró hacia el suelo.

—¿Qué fue eso?

Algunos músicos dejaron de hablar. Un técnico miró detrás de las cortinas. Nada. Dukas volvió a la partitura. Las tres líneas parecían más oscuras. Levantó la vista hacia la sala. Y vio al hombre. Última fila. Centro. Abrigo oscuro. Cabello gris recogido hacia atrás. Rostro alto. Serio. Las manos descansaban sobre las rodillas. Dukas tardó unos segundos en comprender por qué le resultaba familiar. Después lo supo. Había visto aquel rostro en grabados. Retratos. Ediciones. Goethe. Johann Wolfgang von Goethe. Dukas no reaccionó.

Su razón produjo explicaciones con extraordinaria rapidez. Semejanza. Un admirador. Un actor. Sugestión. Fatiga. Nervios antes del estreno. Todas eran posibles. El hombre levantó una mano. No saludó. Señaló la partitura. Dukas bajó los ojos. Las letras comenzaron a brillar. No con luz. Con humedad. Como si acabaran de ser trazadas por una pluma mojada. Goethe —o el hombre que se parecía a Goethe— negó lentamente con la cabeza. Dukas no comprendió.

—¿Qué quiere?

La pregunta salió tan baja que nadie en la orquesta pudo oírla. El hombre señaló las palabras. Después sus propios labios. Y volvió a negar. No las pronuncies. Dukas entendió. Precisamente por eso sintió curiosidad.

La curiosidad ha causado más desastres de los que la historia está dispuesta a atribuirle. Casi todos reciben después nombres más respetables. Descubrimiento. Ambición. Necesidad. Progreso. Destino. Dukas miró la frase. Pensó en Luciano. Eucrates escondido para escuchar

tres sílabas. El aprendiz que conocía cómo iniciar el prodigio y no sabía detenerlo. Pensó en Goethe. En el muchacho ordenando a la escoba transportar agua. Pensó después en sí mismo. Había convertido toda aquella cadena en música. Luciano había contado.

Goethe había escrito. Él iba a hacer sonar. Tres hombres. Tres épocas. La misma historia. ¿Y si detrás de ella hubiera habido siempre algo más? Dukas levantó la batuta. El público se aquietó. La orquesta se preparó. Volvió a mirar al hombre de la última fila. Seguía negando. Dukas pensó: Es absurdo. Y pronunció apenas por encima del aliento:

—*Surge, scopa.*

La escoba se separó de la pared. Nadie la vio. Todavía. Dukas continuó: —*Aquam fer.*

El cubo produjo un pequeño sonido sobre el suelo. El concertino levantó los ojos. Dukas sintió que el pulso se aceleraba. Quedaba la tercera línea. La más extraña. La que Goethe había temido. La que no ordenaba solamente llenar un recipiente. Ordenaba llenar lo vacío. Dukas miró la sala. Los músicos. El público. La arquitectura. Debajo: la tierra. Más abajo: las galerías. Los osarios. Millones de espacios entre huesos. No podía saberlo. Pronunció:

—*Omnia vacua imple.*

Y dio la entrada.

La orquesta comenzó. Los primeros sonidos fueron exactamente los que Dukas esperaba. Eso resultó tranquilizador. Durante unos compases llegó a pensar que nada había ocurrido. Los motivos aparecieron. Se reconocieron. Se persiguieron. La arquitectura musical comenzó a moverse. Dukas dirigía con precisión. No necesitaba mirar la escoba. Sabía dónde estaba. Lo había imaginado tantas veces que casi podía verla aunque cerrara los ojos. El motivo del hechizo apareció. Algo recorrió las maderas. La escoba levantó el mango.

Una mujer de las primeras filas lo vio. Se inclinó hacia su acompañante.

—Mire.

Él no respondió. La escoba se incorporó completamente. El cubo estaba a su lado. Una pata inexistente. Después otra. La madera dio un paso. Dukas perdió una entrada. La corrigió inmediatamente. Un clarinetista lo miró. El compositor siguió dirigiendo. La escoba avanzó. Al principio algunos miembros del público sonrieron. Parecía un efecto escénico. Ingenioso. Quizá preparado especialmente para el estreno. La escoba llegó hasta una jarra que alguien había dejado detrás de los músicos. Introdujo el cubo. Lo llenó. Lo levantó.

Regresó. El público comenzó a murmurar. La orquesta siguió. Dukas miró hacia la última fila. El asiento de Goethe estaba vacío.

En Weimar, cien años antes, un cuenco de agua comenzó a vibrar sobre una mesa cerrada dentro de una habitación vacía.

En París, tres años después de la muerte de Robespierre, Séverin Valcourt había guardado durante semanas una hoja cubierta de palabras que no comprendía completamente. La había encontrado en una galería donde ningún papel podía haber sobrevivido a la humedad. En una esquina estaba escrito: Weimar. En otra: 1797. Valcourt había copiado únicamente la primera parte. La segunda —la fórmula del regreso— desapareció antes de que pudiera terminarla. Desde entonces buscaba las palabras que faltaban. Nunca imaginó que, cien años después, un compositor las pronunciaría a varios metros sobre los mismos corredores.

Dukas marcó otra entrada. La escoba volvió con agua. El cubo se vació. No había recipiente preparado para recibirlo. El agua cayó directamente sobre el escenario. Algunas personas rieron. Dukas dejó de sonreír. La escoba giró. Volvió hacia la jarra.

—Basta —murmuró.

No ocurrió nada. La música continuó. Dukas recordó el relato de Luciano. Eucrates ordenando al objeto: detente. Vuelve a ser madera. Sin

resultado. Sintió frío. La ironía era demasiado exacta. La historia estaba repitiéndose. No representándose. Repitiéndose.

—Detente.

La escoba siguió.

El agua comenzó a formar un charco. Un violinista retiró el pie. Otro dejó de tocar durante medio compás. Dukas lo miró.

—Siga.

No sabía por qué había dicho aquello. Tal vez porque detener la orquesta le parecía admitir que algo imposible estaba ocurriendo. Tal vez porque el director de una obra sobre un desastre provocado por no saber detenerse tenía, precisamente, miedo de detenerse. La ironía habría divertido a Goethe. Si Goethe seguía allí. El motivo creció. La escoba aceleró. Viaje. Agua. Regreso. Agua. Viaje. Dukas escuchó su propia partitura de otra manera. El ostinato ya no describía a la escoba. La comandaba. Cada repetición parecía fortalecerla.

Música y hechizo habían encontrado una misma pulsación. El compositor comprendió.

—No.

Bajó la batuta. La orquesta dejó de tocar. La escoba se detuvo. Dukas respiró. Después una nota siguió sonando. Un fagot. El músico retiró el instrumento de la boca. La nota continuó. Nadie la estaba produciendo. Entonces otra. Después otra. El motivo de la escoba comenzó a escucharse sin orquesta. Dukas quedó inmóvil. La música ya no necesitaba músicos. La escoba volvió a caminar.

Debajo de París, algo respondió. Tres golpes. Pausa. Dos. En una galería cerrada desde hacía más de un siglo, un cráneo giró apenas dentro de la pared. Luego otro. Una gota ascendió desde el suelo hasta el techo. En la superficie apareció un pequeño arcoíris invertido. Los colores recorrieron la bóveda. Rojo. Naranja. Amarillo. Verde. Azul. Añil. Violeta. Y desaparecieron hacia arriba.

Dukas oyó agua debajo del escenario. No el charco. Una corriente. Profunda. Demasiado grande. Miró el suelo. El público también empezaba a oírla. El murmullo cesó. Silencio. Debajo de todos ellos corría algo. La escoba dejó caer el cubo. Por primera vez pareció escuchar también. Entonces sonaron los golpes. Tres. Pausa. Dos. El suelo respondió. Dos golpes. Dukas recordó algo que nunca había vivido. Un hombre junto a un cuenco. Goethe. Una hoja escondida. Las palabras de regreso. Sintió que una imagen entraba en su mente.

No como recuerdo propio. Como recuerdo heredado.

Sistite, scopae.

Después nada. La frase se cortó. Dukas la pronunció:

—*Sistite, scopae.*

La escoba tembló. No se detuvo. Faltaba algo. Dukas cerró los ojos. Una segunda línea apareció dentro de él.

Aqua quiescat.

—*Aqua quiescat.*

El agua del escenario quedó inmóvil. Perfectamente. No dejó de existir. Se congeló en movimiento. Las gotas suspendidas. Los bordes del charco detenidos. El público no respiraba. Quedaba una tercera frase. Dukas no podía verla.

—Vamos...

Golpes. Tres. Pausa. Dos. La respuesta subterránea llegó más fuerte. Dos. Dukas sintió que las palabras se alejaban. Entonces el agua suspendida junto a la escoba reflejó una imagen. Un hombre. Goethe. No sentado entre el público. En su gabinete. El poeta escribió algo en una hoja. La levantó hacia Dukas. Solo tres palabras.

Ad lignum redite.

Dukas comprendió.

—*Ad lignum redite.*

La escoba cayó. Madera. Nada más. El cubo golpeó el suelo. El agua descendió de golpe. Varias personas gritaron. Silencio. Después nada. Dukas permaneció con la batuta levantada. No sabía si habían pasado diez segundos o diez minutos. El concertino habló.

—Maestro.

Dukas lo miró.

—¿Continuamos?

La pregunta parecía insensata. Pero estaba allí la orquesta. Estaba el público. Estaba la partitura. Y una obra debía terminar. Dukas miró la escoba caída. Después la batuta. Dos trozos de madera. Uno obedecía. El otro ordenaba. Aquella semejanza no le gustó. Volvió a la partitura.

—Desde el número anterior.

Los músicos se prepararon. Dukas levantó la batuta. Dudó. No pronunció nada. Dio la entrada. Esta vez la música fue solamente música. O eso creyó.

El final recibió aplausos. Muchos. El público estaba desconcertado, pero la sorpresa podía confundirse fácilmente con entusiasmo cuando todo terminaba sin muertos. Algunos hablaban del extraordinario efecto teatral. Otros querían saber cómo habían movido la escoba. Un periodista preguntó si el agua formaba parte de la concepción de la obra. Dukas respondió:

—No.

El hombre rio.

—Excelente.

Dukas no. Buscó con la mirada la última fila. Ningún abrigo oscuro. Ningún Goethe. Solo una butaca vacía.

Después del concierto regresó al escenario. Solo. La sala estaba casi a oscuras. Encontró la escoba. La recogió. Común. Madera gastada. Cerdas húmedas. Nada extraordinario. Junto a ella había algo. Una hoja. Dukas la recogió. No pertenecía a su partitura. El papel era mucho más antiguo.

La tinta estaba descolorida. Reconoció alemán. Luego latín. En la parte superior aparecía un título: *Der Zauberlehrling* Debajo, con otra letra: Weimar, 1797 Dukas sintió que le faltaba aire. Pasó la página. Había una anotación. No de Goethe.

Mucho más antigua en intención, aunque escrita sobre aquel papel. Luciano — *Philopseudes* — Pancrates — el secreto incompleto. Después: La historia comenzó antes que nosotros. Más abajo: Quien aprende la palabra que abre y desconoce la palabra que cierra no posee magia. La magia lo posee a él. Dukas leyó dos veces. Al final de la página estaban escritas las seis líneas. Las tres primeras:

Surge, scopae.
Aquam fer.
Omnia vacua imple.

Las tres siguientes:

Sistite, scopae.
Aqua quiescat.
Ad lignum redite.

Dukas dobló la hoja. Estuvo a punto de romperla. No lo hizo. La guardó dentro de la partitura. El mismo error que Goethe. O quizá la misma esperanza.

Entonces oyó un sonido detrás. No golpes. Agua. Se volvió. El cubo que la escoba había utilizado permanecía donde había caído. Había agua dentro. Muy poca. Dukas se acercó. En el fondo apareció un arcoíris. Invertido. Cerró los ojos.

—No.

Cuando volvió a abrirlas, los colores seguían allí. Se inclinó. El agua mostró un rostro. Una mujer. Joven. Cabello recogido. Vestido de otra época. Dukas no la conocía. Élise Moreau lo miraba desde 1794. Detrás de ella estaba Lucien. Más atrás: Séverin Valcourt. Y detrás de los tres se extendían miles de huesos. Dukas quiso hablar. Valcourt levantó una mano.

—No.

La palabra atravesó un siglo. Dukas permaneció inmóvil. Valcourt miró la batuta que llevaba todavía en la mano. Después la partitura.

—Usted le dio sonido.

—¿A qué?

—A la orden.

Dukas sintió que el aire de la sala se enfriaba.

—La detuve.

Valcourt negó.

—Aquí.

Silencio.

—¿Qué significa eso?

Valcourt miró detrás de sí. Las catacumbas.

—La orden no sabe dónde termina París.

Dukas bajó la vista hacia el agua.

—¿Qué he hecho?

Valcourt no respondió. Lucien sí.

—Ha terminado lo que Goethe empezó.

Dukas sintió vértigo.

—Goethe no empezó esto.

La voz que respondió no perteneció a ninguno de ellos. Venía de más lejos. De otro tiempo. Anciana. Masculina. Irónica.

—Ni yo.

El agua cambió. Durante un instante apareció un hombre vestido a la manera antigua. Mediterráneo. Una lámpara. Un papiro. Dukas comprendió sin que nadie pronunciara el nombre. Luciano. La visión duró apenas un segundo. Después desapareció. Valcourt volvió a ocupar la superficie.

—Las historias también son puertas, monsieur Dukas.

—¿Y la música?

Valcourt miró la batuta.

—La música no necesita puerta.

Dukas esperó.

—¿Entonces?

Valcourt respondió:

—Atraviesa la pared.

El agua se oscureció. La visión desapareció.

Dukas permaneció solo. Guardó la hoja dentro de la partitura. Apoyó la batuta sobre el atril. Miró ambos objetos. La partitura. La batuta. Palabra y gesto. Goethe había transformado una historia antigua. Él había transformado aquellas palabras en sonido. Y en algún punto del trayecto, nadie había preguntado si ciertas historias deseaban realmente ser despertadas. Recogió sus cosas. Antes de abandonar el escenario miró una última vez la escoba. Seguía en el suelo. No se movió. Dukas salió. La puerta se cerró. Pasaron varios segundos.

Después sonaron tres golpes. Pausa. Dos. No procedían de la escoba. Venían de debajo. Muy abajo. Y en las catacumbas de París, un primer hilo de agua comenzó a correr entre los huesos en dirección contraria a la pendiente.

ESCENA IV

LOS QUE CORRIERON PRIMERO

Bajo París y las calles



Otros huesos comenzaron a caer. Después otros. Y otros. El ruido recorrió las catacumbas como una enorme caja de percusión. Tibias contra piedra. Mandíbulas. Costillas. Fémures. Cráneos rodando. Articulaciones que no deberían funcionar descubriendo, de alguna manera, cómo hacerlo. Las galerías se llenaron de movimiento. Los primeros tres esqueletos avanzaban como podían. Detrás venían decenas. Después centenares. Muchos no tenían nombre. A algunos les faltaba un brazo. Otros corrían utilizando huesos que jamás les habían pertenecido.

Uno perdió la mandíbula. Se detuvo. Regresó por ella. Otro esqueleto la recogió antes y se la ofreció. El primero intentó colocarla. No encajaba. La devolvió. Siguieron corriendo. La muerte, después de todo, había eliminado muchas razones para discutir. El agua venía detrás. No los perseguía. Los llenaba. Y eso era peor.

Arriba, Dukas había regresado al escenario. El público ya comenzaba a abandonar el edificio. Algunos músicos guardaban sus instrumentos. Otros discutían todavía sobre lo sucedido durante el concierto. Nadie sabía si la escoba había sido un mecanismo teatral, una broma del compositor o una alucinación compartida que convenía no mencionar delante de los periódicos. Dukas no escuchaba. Había vuelto porque oyó agua. Se arrodilló. Puso una mano sobre las tablas. La retiró inmediatamente. El suelo vibraba. Tres golpes. Pausa.

Dos.

—No.

La escoba permanecía donde había caído. Dukas se acercó. El cubo estaba volcado. Vacío. La madera inmóvil. La tocó con la punta de la batuta. Nada. Respiró. Entonces oyó un ruido dentro del cubo. Una gota. Dukas miró. El recipiente comenzó a llenarse desde el fondo. No había agua cayendo dentro. Simplemente aparecía. Un centímetro. Dos. Tres. Sobre la superficie nació el arcoíris. Invertido. La escoba levantó el mango. Dukas retrocedió.

—Te he detenido.

La madera dio un paso.

—No.

Otro. Un músico que todavía cerraba el estuche de su violonchelo la vio.

—Maestro...

—Salga.

—¿Qué?

—¡Salga!

La escoba tomó el cubo. Dukas miró su partitura. Las palabras de detención seguían allí. Las pronunció.

—*Sistite, scopae. Aqua quiescat. Ad lignum redite.*

La escoba vaciló. Pero no cayó. Dukas comprendió. Aquella ya no era la escoba que había detenido. Era la misma madera. Pero la orden venía ahora de otro lugar. Desde abajo.

En las catacumbas, los esqueletos encontraron una escalera. El primero comenzó a subir. Detrás, los demás se apretaron. Uno cayó. Otros tres tropezaron encima. Danton —o aquello a lo que el agua había prestado ese nombre— regresó, tomó al caído de un brazo y lo levantó. Lavoisier miró hacia arriba. Una corriente de aire descendía por los peldaños. Robespierre empujó una puerta. No se abrió. Volvió a intentarlo. Nada. Danton se acercó. Entre ambos golpearon. La madera cedió. Una ráfaga de lluvia entró en la galería.

Por primera vez en más de un siglo, algunos de aquellos huesos recibieron agua del cielo. Los esqueletos salieron.

En el teatro, Dukas agarró la escoba. La madera se revolvió entre sus manos. Parecía absurdo luchar con un utensilio. Aquello no mejoraba la situación. Buscó algo pesado. Encontró el pie de hierro de un atril. Levantó el instrumento. Golpeó. El mango se partió por la mitad. Silencio. Dukas respiró.

—Bien.

Los dos trozos se movieron. Dukas cerró los ojos.

—Claro.

Cada mitad creció. Mango. Cerdas. Un cubo. Cuando terminaron había dos escobas. Una inclinó ligeramente el palo hacia la otra. La segunda pareció responder. Dukas no sabía si acababa de presenciar un saludo. Las dos echaron a andar.

—No.

Aceleraron.

—¡No!

Salieron por la puerta lateral. Dukas corrió detrás.

París recibió primero a los muertos. Un carruaje dobló una esquina. El cochero vio un esqueleto atravesando la calle y tiró de las riendas con tanta violencia que el caballo casi se sentó.

—¡Sainte Mère de Dieu!

El esqueleto levantó una mano. No amenazaba. Pedía paso. El cochero se lo dio. Detrás aparecieron otros. Uno. Cinco. Veinte. Cincuenta. Salían de portales, respiraderos, escaleras olvidadas y bocas de las antiguas canteras. La gente gritaba. Algunos corrían. Otros permanecían inmóviles porque ninguna educación recibida durante su vida les había explicado qué debía hacerse cuando un cadáver solicitaba cortésmente cruzar una avenida. Una mujer vio aproximarse a uno. Se apartó. El esqueleto inclinó la cabeza al pasar.

—De nada —murmuró ella.

Después se desmayó.

Entonces llegaron las escobas. La primera descendió por una calle con el cubo lleno. La segunda tomó otra. Cada una volcaba agua allí donde encontraba espacio. Un portal. Una alcantarilla. Un patio. Una entrada de metro todavía inexistente en la imaginación de nadie, pero cuyo hueco futuro pareció recibir igualmente una pequeña parte de la corriente. Dukas salió del teatro.

—¡Deteneos!

Nadie sabía si hablaba con las escobas, con los muertos o con París. Las escobas continuaron. El agua se extendió. Los charcos comenzaron a encontrarse. Dentro de cada uno aparecía durante unos segundos un fragmento del arcoíris invertido. Una franja roja corría por una calle. El naranja doblaba una esquina. El amarillo aparecía debajo de un carruaje. Verde en una ventana. Azul en las escaleras. Añil entre los pies de los esqueletos. Violeta descendiendo hacia una alcantarilla. Después los colores volvían a unirse.

El arcoíris ya no estaba dentro de un cubo. Estaba recorriendo París. Dukas observó la batuta que aún llevaba en la mano. Después las dos escobas. Madera. Tres objetos de madera. Dos obedecían una orden que nadie conseguía detener. El tercero pretendía dar órdenes a ochenta músicos. Por primera vez aquella noche la comparación no le hizo ninguna gracia. A lo lejos sonó música. Dukas se volvió. Venía del teatro. Imposible. La orquesta había dejado de tocar. Casi todos los músicos estaban ya en la calle. Pero desde el interior continuaba escuchándose el motivo. El fagot. Después las cuerdas.

Los metales. La percusión. Toda la orquesta. Sin músicos. La obra estaba tocándose sola. Cada repetición hacía avanzar a las escobas. Cada crescendo aumentaba la corriente. Cada regreso del motivo despertaba nuevos huesos bajo la ciudad. Dukas comprendió entonces el verdadero error. No había dado vida a una escoba. Había dado música a una orden. Y la música sabía repetirse.

El agua alcanzó las ruedas de un ómnibus. Los caballos forcejearon. Los pasajeros descendieron. Un hombre perdió el sombrero y corrió detrás de él hasta encontrarse frente a un esqueleto. Ambos se detuvieron. El sombrero pasó flotando entre ellos. El esqueleto lo recogió. Se lo entregó. El hombre lo tomó.

—Gracias.

El muerto siguió corriendo. Dukas lo vio. Por un momento no supo si reír o aterrorizarse. Eligió ambas cosas.

—Esto es ridículo.

Un relámpago iluminó los tejados. La tormenta comenzó de verdad. La lluvia se sumó al agua del conjuro. Ya nadie habría podido distinguir una de otra. Las calles descendían hacia el Sena. Pero algunas corrientes avanzaban en sentido contrario. Subían. Buscaban plazas. Casas. Patios. Habitaciones vacías. Tumbas. Todo aquello que pudiera obedecer a una sola frase: Llena todos los espacios vacíos. Dukas miró hacia el oeste. Comprendió adónde avanzaba una de las corrientes. La antigua plaza de la Revolución. Allí donde un siglo antes, habían caído tantas cabezas.

Tres esqueletos se detuvieron en una esquina. Danton. Lavoisier. Robespierre. O los restos mezclados a los que aquella noche París había decidido prestar aquellos nombres. Delante de ellos estaba la ciudad de 1897. Luz eléctrica. Ómnibus. Grandes escaparates. Edificios que ninguno habría reconocido. Los tres contemplaron el espectáculo. Danton levantó los brazos, como si estuviera a punto de pronunciar un discurso. No tenía lengua. Lavoisier observó una lámpara eléctrica. Pareció fascinado. Robespierre miró a su alrededor.

Después miró a los otros dos. Nadie dijo nada. Un torrente dobló la esquina. Los tres echaron nuevamente a correr. La historia podía esperar. El agua no.

Dukas regresó a la partitura. Las páginas estaban empapadas. Buscó la fórmula.

Surge, scopā.

Aquam fer.

Omnia vacua imple.

Debajo:

Sistite, scopae.

Aqua quiescat.

Ad lignum redite.

La había pronunciado. Había funcionado en el escenario. ¿Por qué no ahora? Entonces comprendió algo que Goethe había comprendido demasiado tarde y Luciano muchos siglos antes que ambos. La fórmula de regreso servía para aquello que uno había llamado. Pero Dukas ya no sabía qué había llamado. ¿Una escoba? ¿Dos? ¿El agua? ¿Los muertos? ¿La música? ¿Una ciudad entera? Levantó la cabeza. Una de las escobas cruzó la calle. La otra apareció por el extremo opuesto. Detrás de ambas corrían esqueletos. Más atrás venía el agua.

Y sobre París, entre las nubes de la tormenta, comenzó a formarse un arcoíris gigantesco. Invertido. Sus extremos no descendían desde el cielo. Nacían de la ciudad. Dukas apretó la batuta. Por primera vez desde que había comenzado aquella noche, comprendió que dirigir ya no consistía en marcar la entrada correcta. Consistía en encontrar la manera de dirigir y dar el último compás.

ESCENA V

LA CIUDAD QUE OLVIDÓ EN QUÉ AÑO ESTABA

París • Weimar • París • 1794 • 1797 • 1897



LIBERTÉ
ÉGALITÉ
FRATERNITÉ

LE PEUPLE
SOUVIENT
TOUJOURS

PARIS
1794

WEIMAR
1797

PARIS
1897

ET TOUJOURS...?

MÉTRO

CITOYENS
LA PATRIE
OU
LA MORT

LES
CATACOMBES
DE PARIS

ROBESPIERRE

DANTON

LAVOISIER

VALCOURT
LUCIANO
DE SAMOSATA

LUCIEN

MÊMES RUES
AUTRES SIÈCLES
MÊMES RÊVES

ICI
TOUS LES TEMPS
SE MÉLANGENT

DU FLUVE
À LA MER
DU TEMPS

Cuando el agua llegó a la plaza de la Concordia, dejó de comportarse como agua. Hasta entonces había inundado. Ahora comenzó a corregir. Cubrió primero los adoquines. Después los escalones. Subió por las fachadas. Pero cuando una ola se retiró, una parte del edificio que acababa de tocar ya no estaba. No destruida. No derrumbada. Simplemente ausente. En su lugar quedaba una superficie pálida. Sin piedra. Sin sombra. Como una hoja todavía no escrita. Dukas se detuvo en mitad de la calle.

—No.

El agua avanzó otro metro. Una puerta desapareció. Después una ventana. Después el nombre de una calle. Las letras se desprendieron de la placa una a una y flotaron durante unos segundos antes de disolverse. Dukas comprendió con horror que el conjuro seguía obedeciendo.

Omnia vacua imple.

Llena todos los espacios vacíos. Solo que ya no distinguía entre vacío y ausencia. Ni entre ausencia y pasado.

Una página de periódico golpeó a Dukas en el pecho. La arrancó de su abrigo. No pertenecía a 1897. La fecha decía: 28 de julio de 1794. Debajo:

ROBESPIERRE.

Otra hoja pasó flotando. Después otra. Una proclama revolucionaria. El anuncio de un concierto. Una lista de condenados. Un programa con su propio nombre:

PAUL DUKAS

La tinta comenzó a correr. Las letras cambiaron. Dukas vio desaparecer su apellido. En su lugar apareció una palabra:

CONDENADO

—No.

El papel se pegó a su mano. Los tambores comenzaron. Uno. Pausa. Otro. Dukas levantó la cabeza. La plaza había cambiado. Ya no estaba en

1897. La multitud rodeaba el cadalso. Un carro se aproximaba. Alguien gritó:

—¡Robespierre!

Otro respondió:

—¡Dukas!

Después cientos de voces confundieron ambos nombres.

—¡Robespierre!

—¡Dukas!

—¡Dukas!

—¡Robespierre!

Dukas miró sus manos. Ya no sostenía la batuta. Las tenía atadas.

—Esto no tiene ninguna gracia —dijo.

Un guardia lo empujó.

—Avance.

—Soy compositor.

—Todos tienen profesión antes de llegar aquí.

Dukas buscó entre la multitud. Vio a Élise. Llevaba sus cubos. La niña de la muñeca estaba a su lado. Pero ninguna lo reconocía. El cadalso se levantaba delante de él. La madera estaba mojada. Arriba esperaba la cuchilla. Dukas escuchó el mecanismo. Un pequeño crujido. Después silencio. Un silencio perfecto. Demasiado parecido al instante anterior a una entrada orquestal. El verdugo puso una mano sobre su hombro. Dukas miró la cuchilla. Pensó absurdamente: Está esperando mi gesto. Entonces una voz gritó desde la multitud:

—¡Maestro! ¡La entrada!

Dukas se volvió. No había verdugo. Había un concertino. La cuchilla desapareció.

Robespierre estaba sobre el podio. Frente a la orquesta. Llevaba la ropa de 1794. La mandíbula vendada. Y en la mano derecha sostenía la batuta de Dukas. Los músicos lo miraban. Robespierre levantó el brazo.

—Desde el comienzo.

Nadie tocó. Robespierre esperó.

—He dicho desde el comienzo.

Un fagotista levantó una ceja.

—¿Qué comienzo?

Robespierre miró la partitura. No la comprendía.

—El comienzo.

—Eso no es una indicación musical —dijo alguien entre los segundos violines.

Un murmullo recorrió la orquesta. Robespierre golpeó el atril.

—Obedeced.

La concertino bajó el violín.

—Aquí no funciona así.

Robespierre la miró. Durante años había visto callar asambleas enteras. Una orquesta resultaba inesperadamente más complicada.

—Yo dirijo.

La violista respondió:

—Todavía no.

Algunos músicos sonrieron. Robespierre se irguió.

—¿Cómo que todavía no?

—Tiene la batuta —dijo el fagotista—. Eso no es lo mismo.

Dukas apareció entre las butacas.

—Devuélvame la.

Robespierre lo señaló.

—Está condenado.

—Y usted está dirigiendo mi obra.

—Entonces estamos a mano.

Robespierre levantó la batuta. La orquesta comenzó. Durante dos compases todo pareció funcionar. Al tercero, los violines aceleraron.

—¡Más lento! —ordenó Robespierre.

Los metales entraron antes.

—¡He dicho más lento!

La percusión respondió con un golpe. Los músicos comenzaron a hablarle desde todas partes.

—¡No marque cada nota!

—¡Respire!

—¡Está adelantando el tiempo!

—¡Ese no es nuestro compás!

Robespierre perdió la paciencia.

—¡Silencio!

Toda la orquesta calló. Robespierre sonrió. Dukas negó con la cabeza.

—Eso sí sabe hacerlo.

Entonces el fagot comenzó solo. El motivo de la escoba. Robespierre giró.

—¿Quién ha dado la orden?

La escoba apareció detrás de él. Le quitó la batuta. Y salió corriendo. Dukas volvió a estar bajo la cuchilla. El verdugo esperaba.

—¿Alguna última palabra?

Dukas miró hacia el teatro imposible donde Robespierre discutía con sus músicos.

—Sí.

—Dígala.

—Está acelerando.

El verdugo no comprendió. La cuchilla descendió unos centímetros. Se detuvo. Dukas cerró los ojos.

Goethe cayó sobre una montaña de huesos. Abrió los ojos. Oscuridad. Se incorporó.

—Esto definitivamente no es Weimar.

Una lámpara apareció más adelante. Lucien corría por la galería.

—¡Maestro!

Goethe lo siguió.

—¡No soy su maestro!

Lucien ni siquiera lo oyó. Las paredes se movían. No físicamente. Las filas de huesos cambiaban de lugar cada vez que Goethe apartaba la mirada. Un corredor se convertía en dos. Dos en cinco. Una inscripción aparecía:

DER ZAUBERLEHRLING

Goethe se detuvo.

—No.

Debajo apareció otra:

L'APPRENTI SORCIER

Después:

ΦΙΛΟΨΕΥΔΗΣ

Goethe reconoció las letras griegas.

—Luciano.

Un cráneo cayó a sus pies. La mandíbula se abrió.

—Tardaste bastante.

Goethe retrocedió.

—No.

—Es curioso —continuó el cráneo—. Escribes sobre escobas que hablan y esto te parece excesivo.

La voz no salía realmente del hueso. Venía de todas partes. Goethe miró alrededor.

—¿Luciano?

—Al menos alguien recuerda mi nombre.

Una figura apareció al final del corredor. Vestía de manera imposible para París. Túnica. Sandalias. Una expresión divertida. Luciano de Samósata caminó entre las paredes de huesos como si hubiese llegado tarde a una conversación.

—Así que tú eres Goethe.

Goethe lo contempló.

—Y usted es el hombre que empezó todo esto.

Luciano se echó a reír.

—Naturalmente.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Que todos los escritores creen eso del escritor anterior.

Más abajo, Séverin Valcourt apareció corriendo. Al ver a Luciano se detuvo.

—Usted.

Luciano miró detrás.

—¿Yo?

—Todo esto es culpa suya.

Luciano arqueó una ceja.

—¿Nos conocemos?

—Usted inventó el relato.

—Conté un relato.

—Sobre un hombre que aprende una fórmula.

—Sí.

—Y no sabe detenerla.

—No.

—¿Y le pareció buena idea?

Luciano abrió las manos.

—Han pasado más de mil seiscientos años. Esperaba que alguien hubiera aprendido algo entretanto.

Valcourt se acercó furioso.

—¡Usted puso la historia en circulación!

—No sabía que las historias necesitaran permiso de circulación.

—¡Mire alrededor!

Luciano observó los esqueletos que corrían por la galería. Uno perdió una pierna. Regresó a buscarla. Luciano inclinó la cabeza.

—Admito que esa parte no estaba en mi versión.

Goethe se interpuso.

—No solucionaremos nada culpándonos.

Valcourt señaló a Luciano.

—Él comenzó.

Luciano señaló a Goethe.

—Él añadió la escoba.

Goethe señaló hacia arriba.

—Dukas le dio música.

Desde algún punto remoto llegó la voz del compositor:

—¡Los estoy oyendo!

Los tres levantaron la cabeza.

El techo desapareció. Sobre ellos estaba el salón de conciertos. Robespierre continuaba en el podio.

—¡Más fuerte!

—¡No! —gritó Dukas desde el cadalso.

Robespierre miró hacia abajo.

—¿Quién habla?

—¡El compositor!

La violista señaló la partitura.

—Dice piano.

Robespierre respondió:

—Yo digo fuerte.

—Pues toque usted —respondió ella.

La orquesta dejó de tocar. Robespierre permaneció con la batuta levantada.

—¿Esto es una insurrección?

El concertino suspiró.

—No. Es un ensayo.

La guillotina descendió otro centímetro. Dukas oyó el roce metálico sobre su cabeza.

—¡Goethe!

En las catacumbas, Goethe levantó la mirada.

—¿Qué?

—¡La palabra!

—¿Cuál?

—¡La que detiene esto!

Valcourt gritó:

—¡No basta!

Luciano añadió:

—Nunca bastó.

Goethe se volvió.

—¿Qué quiere decir?

Luciano caminó entre los huesos.

—Mi Eucrates cometió el mismo error que todos ustedes.

—¿Cuál?

—Creyó que conocer una palabra significaba conocer aquello que la palabra hacía.

Valcourt guardó silencio. Luciano continuó:

—Una fórmula no es un amo.

—Entonces ¿qué es?

—Una petición que ha olvidado que lo es.

El agua entró en la galería. Les llegó a los tobillos. Después a las rodillas. Los huesos comenzaron a desprenderse de las paredes. Goethe intentó sujetarlos.

—¡Ayúdeme!

Valcourt se arrodilló. Entre ambos intentaron recolocar un cráneo. No sabían dónde pertenecía. Luciano los observó.

—Ahí tienen el problema.

—¿Cuál?

—Quieren devolver cada cosa al lugar que imaginan correcto.

—¿Y dónde debemos ponerla?

—No lo sé.

Valcourt lo miró indignado.

—¡Usted inventó la historia!

—Y nunca prometí un manual de instrucciones.

El remolino temporal aumentó. Élise apareció caminando por el salón. La niña estaba en las catacumbas. Danton ocupó una silla de primer violín. Lavoisier examinaba una lámpara eléctrica. Robespierre continuaba intentando dirigir. Una escoba llevaba un cubo hasta la guillotina. Otra transportaba páginas del manuscrito de Goethe. La tercera recogía huesos y los colocaba entre los atriles. La cuarta apareció detrás de Luciano. Luciano la miró.

—Eso sí es nuevo.

La escoba lo golpeó suavemente en la espalda con el mango para que se apartara. Luciano obedeció.

—También es bastante autoritaria.

Dukas seguía inclinado bajo la cuchilla. Podía escuchar su propia obra. No como música. Como mecanismo. Cada compás hacía descender un poco más la hoja. Uno. La cuerda cedió. Otro. La cuchilla bajó. Otro.

—No.

Comprendió. Su obra estaba dirigiendo su ejecución. Y Robespierre, desde el podio, estaba acelerando.

—¡Más rápido! —gritó.

—¡No más rápido! —respondió Dukas.

Los músicos comenzaron a increparlo.

—¡Está corriendo!

—¡Escuche el fagot!

—¡Deje respirar!

—¡No arrastre las cuerdas!

Robespierre golpeó el atril.

—¡Yo marco el tiempo!

Dukas gritó:

—¡Ese es exactamente el problema!

Goethe abrió su manuscrito. Las letras se movían. Luciano apareció a su lado.

—Eso no lo escribiste tú.

—Lo sé.

—¿Quién entonces?

Goethe observó las frases.

—Quizá nadie.

Valcourt se aproximó.

—No existe un conjuro sin autor.

Luciano sonrió.

—Eso es porque piensa como brujo.

—¿Y usted?

—Como escritor.

—Peor.

Goethe levantó una mano.

—Por favor. Si van a discutir diecisiete siglos de literatura, esperen a que salgamos de las catacumbas.

Un golpe sacudió el suelo. Tres. Pausa. Dos. Todos callaron.
Entonces oyeron a la niña. Muy lejos.

—¿Qué pasa después?

El remolino disminuyó. La misma respuesta cruzó los tres siglos. Élise:
—Volvemos a casa.

Goethe cerró el manuscrito. Valcourt bajó las manos. Luciano dejó de sonreír. Dukas, bajo la guillotina, abrió los ojos. Robespierre dejó inmóvil la batuta. Por primera vez todos escucharon la misma frase.

—Eso no es un conjuro —dijo Valcourt.

Luciano respondió:

—Por eso podría funcionar.

Goethe miró al escritor antiguo.

—¿Siempre habla así?

—Solo cuando alguien va a citarme.

Dukas gritó desde la plaza:

—¡Están a punto de cortarme la cabeza!

Goethe levantó la vista.

—Un momento.

—¡Preferiría que no fuera un momento!

Incluso Valcourt sonrió. La cuchilla descendió otro centímetro. Dukas cerró los ojos.

—Ahora.

Goethe tomó la pluma. Dukas escuchó. Valcourt levantó el prisma. Luciano observó.

—No escriba una orden —dijo.

Goethe detuvo la punta sobre el papel.

—¿Entonces?

—Una salida.

Goethe escribió: Ad domum. A casa. Valcourt negó.

—No basta.

—¿Qué falta?

Dukas comprendió.

—Ellos deben decidir regresar.

Goethe añadió: Si domum meministis. Si recordáis el hogar. Valcourt lo leyó.

—No obliga.

—Exactamente —dijo Luciano.

Dukas levantó las manos, aunque seguía atado. No podía dirigir. Solo podía escuchar. La orquesta comenzó a encontrar por sí misma el final de la frase. Robespierre intentó intervenir.

—¡Ahora!

Nadie obedeció.

—¡He dado la entrada!

La violista respondió:

—No era nuestra entrada.

Uno a uno, los músicos dejaron de seguirlo. Pero siguieron tocando. Robespierre miró la batuta. Por primera vez comprendió que tenerla no significaba poseer la música. La dejó caer.

El fagot terminó su frase. Silencio. La cuerda de la guillotina dejó de tensarse. Dukas sintió la cuchilla detenida sobre él. Goethe habló:

—*Si domum meministis... ad domum redite.*

Si recordáis el hogar... regresad a casa. Valcourt atravesó la frase con la luz del prisma. El arcoíris se enderezó. Y Luciano añadió, casi en un susurro:

—Ahora dejen que la historia termine sola.

Danton se detuvo. Lavoisier también. Robespierre miró la orquesta. Después la plaza. Después el cadalso donde Dukas ocupaba el lugar que

había sido suyo. Durante un instante los dos hombres se miraron. Dukas preguntó:

—¿Y ahora?

Robespierre contempló la cuchilla. Después su propia mano.

—Ahora parece que ninguno de los dos debería estar ahí.

El cadalso desapareció.

Goethe cayó de rodillas en las catacumbas. Los huesos comenzaron a regresar. No a sus cuerpos. Eso era imposible. Regresaron al silencio. Uno a uno. Sin nombres prestados. Sin necesidad de saber quiénes habían sido. Valcourt observó.

—No están volviendo a su lugar.

Luciano negó.

—Están dejando de necesitar uno.

Valcourt lo miró.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Naturalmente.

—¿Naturalmente?

Luciano señaló a su alrededor.

—Estamos conversando dentro de un cuento que todavía no ha terminado de escribirse. Conviene ajustar las expectativas.

Las escobas disminuyeron. Cuatro. Tres. Dos. Una. La última caminó lentamente hacia la pared. Dejó el cubo. Se apoyó. Madera. Nada más. El agua retrocedió. No huyó. Recordó. Las calles reaparecieron. Las fachadas. Los adoquines. Las ventanas. Los periódicos regresaron a sus años. Las notas volvieron a la partitura. Las palabras regresaron al manuscrito. La plaza volvió a ser plaza. La guillotina regresó a 1794. Pero Dukas ya no estaba debajo. Robespierre ya no estaba en 1897.

Los cuatro hombres quedaron juntos durante un último instante. Luciano. Valcourt. Goethe. Dukas. Cuatro épocas. Cuatro maneras de provocar problemas. Dukas miró a Luciano.

—Entonces todo empezó con usted.

Luciano suspiró.

—Otra vez.

Valcourt cruzó los brazos.

—Usted escribió el cuento.

—Yo relaté lo que otro hombre me contó, que otro hombre había visto...

Goethe comenzó a sonreír.

—Entonces ni siquiera usted fue el primero.

Luciano señaló al poeta.

—Ahora empieza a comprender por qué llevo tantos siglos evitando asumir la culpa.

Dukas preguntó:

—¿Y quién inventó realmente la historia?

Nadie respondió. Desde algún lugar más antiguo que todos ellos llegaron dos golpes. Pausa. Después uno más. Luciano dejó de sonreír.

—Ese es un problema para otro cuento.

La separación comenzó. Luciano desapareció primero. No con luz. Simplemente dejó de pertenecer a aquella página. Valcourt regresó a las catacumbas. Goethe a Weimar. Dukas al escenario. Robespierre a su último día. Cada uno volvió a su historia. O a la versión de ella que el tiempo decidió conservar.

Dukas abrió los ojos. La orquesta estaba frente a él. La batuta descansaba en el suelo. No la recogió. Los músicos esperaban. El último acorde todavía no había sonado. La violista levantó el arco. Miró al concertino. El concertino respiró. La orquesta tocó sin que nadie diera la entrada. Un acorde. Después silencio. Dukas sonrió. La violista permaneció con el

arco sobre una cuerda. Tocó una nota más. No estaba escrita. Tenue. Firme. Dukas no la interrumpió. En ella creyó escuchar la plaza de 1794. La jarra de Élise.

La niña preguntando. Los golpes bajo la casa. Goethe mojando una pluma. Valcourt maldiciendo a un escritor muerto hacía diecisiete siglos. Robespierre intentando dirigir una orquesta que se negaba a obedecerlo. Y una cuchilla detenida un instante antes de caer. La nota terminó. Esta vez nadie añadió nada. Dukas cerró la partitura. Afuera, París permanecía en su sitio.

Muy abajo, entre los huesos, una gota conservaba todavía los siete colores. Rojo. Naranja. Amarillo. Verde. Azul. Añil. Violeta. Durante un instante pareció querer subir. Después cayó. Hacia abajo. Como cualquier gota de agua. Tres golpes sonaron detrás de una pared. Pausa. Dos. Silencio. Luego, desde muchísimo más lejos, alguien respondió con una risa. No pertenecía a Goethe. Ni a Dukas. Ni a Valcourt. Y probablemente tampoco a Luciano.

Durante unos segundos no ocurrió nada más. En 1794, Élise siguió caminando con sus cubos; en 1797, Goethe cerró el cuaderno; en 1897, Dukas volvió a mirar la orquesta. Ninguno habría sabido decir cuál de los tres había imaginado a los otros, y Luciano, dondequiera que hubiese terminado, probablemente habría negado toda responsabilidad.

Si alguien hubiera preguntado quién dirigió aquel último compás, las respuestas habrían sido inútiles. Dukas habría dicho que nadie; Goethe, que lo había escrito el tiempo; Valcourt, que el conjuro seguía abierto; Luciano, que el problema comenzó cuando alguien creyó que una historia podía tener dueño. Robespierre, probablemente, habría exigido repetir desde el principio.

Por fortuna, nadie preguntó. La escoba no se movió. El agua no subió. Los muertos permanecieron muertos y París, por una vez, obedeció.

Dukas abrió la partitura una última vez.

**El relato no necesitaba otra orden.
Cerró la partitura.
Esta vez, nadie dio la entrada.**





Gracias por haber cruzado este umbral

Si deseas ayudar a que nuevos relatos
sigan naciendo,
puedes apoyar este proyecto aquí.

Haz clic aquí para apoyar este proyecto ➤

Gracias por leer, escuchar
y acompañar este proyecto.



Umbrales Sonoros

Relatos sonoros

*Donde la música y la palabra
cruzan el umbral.*

guillermoisazafisco.com

© Guillermo Isaza Fisco

